

Sin título (antes El club del suicidio)  
(segunda entrega)

de Toru Watanabe

8

A veces, la muerte es un neumático que se desinfla, así de discreta. En otras ocasiones, está plagada de olores y de manifestaciones de dolor que le dan alcance a los testigos, el acompañante se impregna, le duele el asomo de la muerte propia. También está la muerte que llega antes de tiempo, sorpresiva, sin aviso y deja pasmados a todos.

Así fue la muerte de mis padres y cuando sucedió, el mundo se colapsó. Sí, bueno, me derrumbé, no tenía idea de cómo reconstruirme a partir de los fragmentos regados a mi alrededor porque ya nada parecía embonar. Pero cuando digo que el mundo se colapsó, lo digo en serio, lo que era el mundo para mí, Modaro, perdió su sostén. Mi padre era presidente de la República cuando él y mi madre murieron en un avionazo. Sus muertes fueron estruendosas, expansivas. El estallido tuvo un efecto de aspersion, sus cuerpos volaron en ese cielo que ellos amaban y su sangre roció los campos vastos de Modaro. Sé que el tufo patriotero que acompaña a mis palabras puede sacarte ronchas (asumiendo que me estás oyendo, claro está). Sé que eres de esas mexicanas que se han curtido de tanto soportar versiones oficiales, cromos melodramáticos y discursos ramplones. Pero qué te puedo decir, yo estoy en mi capítulo "Fuera de casa" y no me sale de otra manera.

Mi padre, el primer mandatario electo por voto popular en los últimos lustros, se desintegró sin explicación alguna (con todo y la caja negra del avión, vaya sorpresa) y ya sabemos que la falta de explicaciones son siempre una

invitación al pánico. Pues sí, mientras el país sucumbía a una histeria colectiva, yo, la mera verdad, no lograba salir de mi cuarto.

La población de Modaro comenzó a tratarme como novia despechada: siempre tras mi atención, acosadores, en busca de que yo relevara a mi padre, pero no en términos políticos sino como portador de respuestas más elevadas a problemas menos tangibles. No habían perdido a un presidente, se habían quedado sin figura paterna. De la noche a la mañana y antes siquiera de que hubiera aprendido a hacerme el desayuno por mí mismo, el país me había convertido en un mártir o una especie de figura espiritual. Mi hermana mayor recibía las condolencias, aprobaba y asistía a ceremonias, era entrevistada casi a diario por los dos periódicos nacionales, en fin, cumplía de manera cabal su papel. Tan parecida físicamente a mamá, su actitud tan abierta con respecto al duelo, la hacía entrañable aunque también de carne y hueso. No sé qué carajos buscaban los modarenses, qué querían de mí, yo no guardaba milagros bajo el colchón, si acaso un reguero de pañuelos guangos de tanto sonarme que se mezclaban con mi terror hacia la orfandad, no había más.

Yo era un chico mimado de 15 años algo inmaduro para su edad. Porque mientras el señor presidente jugaba a ser papá de todo un país, acompañado de su esposa para que completara la foto, yo contaba con un séquito que me atendiera y que jugara conmigo, no tenía amigos de mi edad sino un grupo de adultos que parecían débiles mentales de tanto fingir que se la pasaban bien a mi lado. La pista de carritos y el tren eléctrico eran mi fascinación y las hormonas todavía no despertaban para secuestrarme de ese mundo infantil. Bueno, claro que me masturbaba bastante

seguido, tampoco era anormal (soy modarense, no marciano), pero creo que ni siquiera es que pensara en sexo como una experiencia factible para mí, sino que había una cosquilla molesta que yo combatía para poder concentrarme en lo en realidad me interesaba: armar la estación de trenes o construir unas casitas para agregarlas a mi maqueta. Incluso en mis lecturas seguía siéndole fiel a Salgari, Mark Twain, Julio Verne, Enid Blyton (y a éste lo negaré si alguna vez despiertas para delatarme). Ése era yo cuando mis padres me hicieron la jugarreta de morirse. Así, de un crecimiento con gotero a entrar de lleno a la cascada adulta, sin salvavidas ni clases previas de natación.

Cuando mis papás aparecían por casa, sus ausencias eran compensadas con arrumacos, con mera compañía, no con pláticas formativas ni consejos de vida. Como cualquier otro ciudadano, me maravillaba al leer los discursos de papá en la prensa, no sólo por lo lúcido, por su vocación socio-demócrata, sino porque cuando yo estaba con él, no se hablaba de política y por lo tanto no tenía bases para relacionarlo con aquella figura pública. Aún con el tiempo contado, con las giras de trabajo siempre amenazando, papá era tan sólo eso cuando estaba conmigo y no había coraza diplomática alguna que pudiera protegerme ante la pérdida.

Nada fortalece más la unidad que sentirse fuera de lugar en equipo. ¿Te acuerdas de esa fiesta a la que nos invitaste? Eran los quince años de una pariente tuya, no recuerdo el vínculo. Dijiste que si íbamos todos podía ser divertido y si no, al menos los tragos serían gratis. Nos vestimos juntos en tu casa, Paulina y tú se decoraron mutuamente, nos echamos un par de vodkas para calentar motores, y a mí

me tocó hacer el nudo de todas las corbatas: ni Claudio ni Rodrigo habían usado una en su vida, y la única referencia de Leonardo era su *bar mitzvah*, tres siglos atrás.

Llegamos al salón de fiestas. Ustedes no parecían darse cuenta pero en verdad éramos una mala copia de formalidad. Al menos yo tenía el porte, y se me hubiera notado si no es porque la atención recaía sobre mi corbata: una prenda tan ancha como un bistec, con una rana de papada inmensa y boca abierta a punto de devorar la parte superior de la corbata. ¿Por qué había yo terminado con la de Claudio y él en cambio se había apropiado de la mía? A todos les parecía hilarante y juraban que lucía muy bien pero yo, que crecí en el mundo del protocolo presidencial, necesitaba algo más que me tranquilizara que no fuera la opinión de esa bola de fachosos. Pero qué se le iba a hacer, había perdido en la repartición y más valía relajarme, para lo cual me acompañaste a la barra en cuanto entramos.

Unas horas más tarde y más importante aún, numerosos mililitros etílicos más adelante, tu familia e invitados distinguidos ya se habían ido aflojando el corsé, la noche comenzaba a ensancharse, las fronteras protocolarias algo laxas, y aún así, tus amigos, supongo que tan acostumbrados a dar la nota alta, lograban sobresalir. La de por sí frágil etiqueta de Claudio comenzaba a desarticularse: mi corbata colocada a manera de rebozo (mientras yo, por supuesto, mantenía la de él, ésa de la rana robusta, perfectamente alisada y en su lugar), la camisa semi desfajada, el saco ya en el olvido. Estaba en la pista de baile, frente a un bloque de mujeres cincuentonas, coordinando alguna danza colectiva, como instructor entusiasta de aerobics. Yo, sentado, con la espalda contra

la pared, arrinconado por esa chica que llevaste a la mesa y que clavaste en mi noche, quitándome la posibilidad de ir tras Paulina, trabajármela, obtenerla al final de la fiesta. Tú en cambio, dejaste a esta desconocida de plástica insulsa y uñas de acrílico y te fuiste con tu parentela a entablar un largo capítulo de exaltación o de remembranza, algo así: se veían a lo lejos, todos reclinados hacia el centro, las cabezas cercanas, una flor cerrada.

Rodrigo de pie en la puerta entre el salón y el jardín, un toque en la mano, dándole jalones profundos, las mejillas hundidas, la nube aromática invadiendo la cercanía. Despertaba las caras de desconfianza de algunos invitados pero ninguno parecía querer confrontarlo así que hubo una veloz transición del susto a la indiferencia y Rodrigo continuó a sus anchas viendo el espectáculo de Claudio y sus seguidoras.

Y yo, en la revisión del espacio mientras soltaba monosílabos que no eran suficiente para desmotivar a la chiquilla parlanchina. Si lograba que se callara ocho segundos al hilo y eso coincidía con que la señora de dimensiones zepelin que obstruía el pasillo cambiaba de posición (o se desinflaba), tal vez lograría un veloz "compermiso" y ponerme de pie, tomar la ruta larga al baño y deambular para ubicar a Paulina, si no, al menos encontrar a Leonardo, cambiar de compañía, por piedad. Se me había olvidado reclamártelo: en qué momento me heredaste a la burguesita con verborrea (y si despiertas, prepárate, la tengo guardada. No, en realidad no, cualquier enojo se desvanece al verte así).

Ubiqué a Paulina cerca de la barra y por más que le clavé la mirada y le mandé ondas cerebrales no venía hacia mí. No, estaba de lo más concentrada hablando con un tipo

que yo no había visto jamás, alguien muy representativo de ese entorno: traje caro, corte de pelo pulcro, se le notaba la escuela privada (¿Derecho?, Arquitectura de seguro); ojalá hubiera podido escuchar de qué mierdas hablaban. Una cierta cercanía, un contacto casual, ése que se le da muy fácil a los mexicanos y que no compromete pero incita. En segundo plano, recargado contra la barra alcancé a ver a Leonardo y bastó un segundo para notar que estaba ebrio como una cuba. "Vacíale el trago encima al guapito, vomita sobre su traje, qué sé yo, rompe el ambiente" pensé, de lo más concentrado, mis ondas cerebrales cambiando de destinatario, a ver si la borrachera de Leonardo me podía beneficiar en algo. Pero Leo no parecía verlos, en lo más mínimo, tan cerca de ellos y tan ajeno, que cuando se alejaron de la barra, él ni se inmutó. Caminaron, cruzaron el salón, salieron por la puerta principal. ¿Para no volver?, ¿iban por cigarros?, qué suplicio fue barajear las posibilidades. Y yo, entre la del monólogo, la obesa y la pared, inmovilizado, derrotado de antemano. Regresé la mirada a la barra con un "pinche Leonardo" en el pensamiento, cargado de un odio absurdo, y lo ví oscilando de un lado a otro, concentrado en la espalda de la quinceañera, quien había quedado muy cerca de él y conversaba con alguien mayor. Y bajo algún efecto primitivo de atracción, el vaivén briago oscilando cada vez más hacia adelante, los ojos de Leonardo sobre la espalda de ella en todo momento, hasta que alzó la mano, la estiró, los dedos de Leo imantados por la espalda desnuda de la chica, la tocó, las yemas exudaban cachondez. Tu prima (¿sobrina?) se movía para eludir el contacto, sin aspavientos, sin querer llamar la atención, pero ya te imaginarás que el recato no era la estrategia adecuada a seguir. Ni siquiera sé si Leo

notó que ella lo intentaba evitar. Él no dejaba de moverse, imagino que el salón entero convertido en péndulo, mientras él persistía, ahora a dos manos: una hacia la espalda y otra para rodear la cintura.

La escena se prolonga en mi recuerdo: tú continuabas en tu plática íntima, Claudio seguía organizando bailes, Rodrigo aún recargado en el marco de la puerta, eso sí, el porro ya extinto. Y Leonardo, hecho un impertinente, y uno muy público, porque la chica soltaba gritos y su acompañante (¿un tío?, ¿el padrino?) lo insultaba y le jaloneaba el brazo para intentar despegarlo. ¿Por qué no la soltó a la primera?, ni idea, quizás simplemente para no caer desparramado una vez que le quitaran el poste. Pinche Leo, podría repetir, por qué el papelón hasta ese momento y no cuando había que retener a Paulina.

El cuadro se volvió tan predominante que incluso la chica que me incrustaste quedó en silencio y la Señora Zepelin se incorporó, así que ése fue el momento para ir tras Leo, una rémora sobre la piel de la festejada. Claudio llegó primero al lugar, tras él Rodrigo y al final yo. Tu plática se había roto y tus primos, aquéllos que conformaban la flor cerrada eran entonces un racimo con espinas, decididos a partirnos la crisma. Claudio había logrado que Leo soltara a la quinceañera pero la ofensa ya estaba hecha, además creo que la testosterona une a las familias porque todos traían el pecho de fuera, como gallos de pelea. Uno de ellos, particularmente amenazador, comenzó a empujar a Leonardo quien estaba a punto de azotar como vaca anestesiada y entre la confusión y el tumulto, emergió un puñetazo directo al pómulo del bravucón, cosa que acabó de enardecer el ánimo colectivo. Por suerte llegaste a abogar por nosotros lo cual nos dio dos minutos de ventaja

para salir de ahí, llegar al estacionamiento y emprender la huída. Arrastramos a Leonardo quien quería aventarse un discurso conciliatorio de lo más inútil, y una vez afuera, lo recargamos contra su auto y lo cateamos para obtener las llaves. Al fin embutimos a Leonardo en el asiento trasero y yo me instalé junto a él. Rodrigo logró encender el motor y salir de ahí al momento en que la marabunta familiar iba a darnos alcance. Claudio bajó la ventanilla y como colofón se aventó el amplio repertorio de señas que se pueden hacer con la mano. Y te dejamos. Supongo que no era grave, tú estabas en el guiso que te tocaba y ni Claudio ni Rodrigo te mencionaron, lo cual constata que no era importante que te quedaras. Ellos en cambio se rieron de nuestra fuga, una vez el pellejo a salvo, era fácil encontrarle la gracia a la situación. Claudio se sobó los nudillos con orgullo.

A través de la ventanilla, por encima de mi propio reflejo miraba las calles vacías, dormidas. El cuchicheo del escape al pavimento no era suficiente para despabilar a la ciudad que tiene oídos de artillero. Escondí cada mano bajo un sobaco para protegerlas del frío y miré la corbata; así, en contrapicada, el alimento era yo, el bicho del buen vestir a punto de ser devorado. O peor, era un mosquito que encontró su fin en el vidrio de lo evidente: Paulina no fue por cigarros, se fue con el Arquitecto Acicalado. Ella es inasible, al menos para mí, no importa lo que haga, no lograré tenerla. Volteé a ver a Leonardo quien dormía con el cuello torcido. Al día siguiente iba a amanecer hecho trizas.

Mientras que yo soy víctima del protocolo, Paulina es su enemigo. Aunque seguramente ya te quedó claro y además tú lo sabías de antemano, de cualquier manera lo reitero porque uno se vuelve necio y repetitivo cuando las cosas duelen o no embonan, cuando son una maldita rebaba sin pulir. El caso es que los meses transcurrían y yo no obtenía un título. Ojalá pudieras decirme qué platicaba Paulina, qué definición nos asignaba. Hijo de Modesto y Silvia, hermano de Rocío (a su vez ahijada del presidente de Ecuador), sobrino de Joaquín y bisnieto de Don Cástulo. Al emigrar, los dejé a todos atrás, en algún mapa que ya no es mío. Encuerado de todo puesto y sin que la historia modarense me mire ni de soslayo, ¿quién era yo?, un hombre de provincias temeroso, enganchado a una mujer que pertenecía a otra liga, inseguro, sin personalidad ni posturas propias. Y ese domingo, sin una actividad importante excepto descifrar cómo armar el aeroplano a escala esparcido sobre mi mesa. Una vez leídas las instrucciones, le daba vueltas a la caja como en busca del secreto que lo armaría solo. Mi vida en la ciudad de México se ha llenado de pequeñas aficiones para distraerme de las ausencias de Paulina. Impredecibles, tortuosas las ausencias de Paulina que me tienen volteando sobre mi hombro en horas de trabajo, verificando si el teléfono sirve en esas horas libres a ocupar en dichas aficiones que son un débil paliativo, tan sólo una lamida sobre la llaga de su ausencia.

Cuando tocaron a la puerta, creí que eras tú con una de esas visitas, un tanto maternales, que aportan algo de comida o una planta que ilumine la escasa decoración. Así que me sentí encoger cuando vi que era Paulina; sudé frío.

A ella, quien parece el portarretratos de la seguridad, nada la hace sudar. Recargada contra el marco de la puerta, alza un brazo para mostrarme el armamento: un six de chelas. Mientras la invito a que entre, le clavo la mirada al aeroplano como queriendo desaparecerlo. Soy de aficiones infantilonas, lo sé, pero las disfruto, amortiguan mi soledad.

Paulina libera las chelas del plástico sujetador, me entrega una y por supuesto no menciono que a esas horas, un jugo de naranja me caería mejor. Después de darle un buen sorbo a su lata, Paulina sonrío y dice: -te ayudo, ¿tienes otro Uhu?-. Lo armable le gusta, qué alivio. ¿Tú crees que si hubiera mencionado mi afición a los meccano habría caído rendida en mis brazos? No, supongo que no.

Me desperté a mitad de la tarde tras una siesta post-copulativa sin saber si habían transcurrido diez minutos o dos horas. No me di cuenta en qué momento se fue. No estoy hecho para esa falta de despedidas y de citas posteriores, ya que es ésa la manera en que las parejas normales modulan su cómo y cuándo estar. Y después de aquella fiesta de quince años, te imaginarás que veía intrusos por todos lados. Ella no mencionó su partida con el desconocido y yo no me atreví a preguntar si algo había pasado entre ellos, pero después de él, me imaginaba a otros, con sus pláticas, su seguridad, sus hormonas en flor, sus pectorales. Que ella abordara, desnudara, montara a otro era escalofriante. O peor aún, que alguien le diera lo que yo no, que le aportara un estilo diferente al mío, algo más osado o más lúdico. Algún fotógrafo o un cineasta que la haga de artista seductor, o bien, un niño rico con aires de autosuficiencia. Para colmo, empieza uno a tener oídos para

las estrategias: que si hay que mostrarse indiferente, que hay que darle un escollón a su seguridad cometiendo algún acto gandalla, que si nada desmotiva más que las expresiones de bondad, vamos, que hay que ser un hijo de puta consumado para que las cosas se empalmen a los rieles que uno desea. Y lo ensayé, no creas, le di una repasada mental en busca de posibilidades y no obtuve una sola que me pareciera realizable. Ser indiferente, violento, agresivo, burlón, nomás no se me da y de llegar a serlo, me puedo imaginar disculpándome al segundo de haber actuado como el hijo de puta que no soy, y entonces cuál es el caso. (Tal vez debí haber pedido tu opinión, pudiste haberme guiado, aunque algo me dice que tú bien sabes lo que puedo y no puedo dar. Tú me lees.)

El pavor de caer en la cuenta que la ciudad de México está poblado de prospectos, una amplia gama de ellos, un ejército de hombres, esos otros que no me deben ninguna lealtad. Que un tercero obtenga lo que yo necesito de Paulina hace que mi estómago se entumezca. Un hijo de puta purasangre puede presentarse en cualquier momento, alguien que sí sepa cómo actuar, no un aspirante como yo, descalificado de antemano. Los celos: un retortijón constante. Allá afuera hay todo un séquito de falos minimizando el mío.

El olor a sexo se enreda en mi pelo púbico, sube por los vellos del abdomen, es aspirado por los nasales que no quieren dejarlo ir. Porque cuando ese aroma se vaya, mi vida inodora comenzará de nuevo una de esas antesalas en espera del retorno de Paulina.

Mi hermana llegó a ponerme en mi lugar. Sin tocar la puerta y sin preámbulos enternecedores, se paró frente a mi cama a decirme que ya estaba bueno de dejarla sola con las responsabilidades de una huérfana presidencial. A mí la verdad es que el simple puesto me impresionó, "¿el término existe?, ¿está acuñado en algún párrafo de nuestra constitución, en esa carta magna de apenas 20 páginas?", pensé en pleno asombro, pero no me atreví a preguntárselo. Pues como si existiera, porque el tono, la cara de represalia de mi hermana lo certificaban más que una firma de notario. Ella entonces enlistó una serie de decisiones y roles en los que había que participar, explicó que vivíamos a expensas del Estado y que por lo tanto debíamos al menos contribuir a la imagen de ese Estado proveedor. Yo debía continuar con mis estudios (y que mi entusiasmo tiñera las fotos que de seguro me tomarían), volverme el hombre de la casa, hablar con el secretario de la agenda a seguir, con el sastre para que me hiciera algunos trajes, con el escritor que haría una biografía de mi padre. Circular por la residencia, parlotear con el jardinero sobre jardinería y con el chofer de lo que sea que se habla con un chofer. Estar. Mi depresión deprimía a otros y eso era imperdonable.

En Modaro no existe la vicepresidencia, no me preguntes por qué, simplemente no la hay y por lo tanto no hay un sucesor lógico en casos como el que estaba viviendo mi país. Pues no sé cómo, creo que a petición del congreso, mi tío, hermano de mi padre, subió al poder como presidente interino. El parentesco ayudaba, o eso decían los analistas políticos, los mismos rasgos de familia que habían

conquistado al país una vez, podrían ayudar ahora en esta etapa de transición.

Por su parte, mi tío Joaquín, quien había armado un escándalo de antología ante la desaparición de la caja negra y lo poco sólido de las investigaciones en torno al accidente, subió al poder. Así, no sólo el avión perdió su mecanismo de memoria sino también mi tío: la muerte de mis padres no se volvió a mencionar excepto cuando tenía un beneficio político y de alguna manera, el interinato continuó prolongándose sin que se estableciera una fecha de elecciones. Se mudó a la casa presidencial con mi hermana y conmigo, o bien, como lo dijo la prensa, tuvo la bondad de recibir en la que era su casa por derecho a sus sobrinos huérfanos e integrarlos a su vida familiar.

Así fue como al menos gané un primo. Jos, a quien yo antes veía de forma muy ocasional cuando nos encontrábamos de visita con el abuelo, tomó la habitación justo enfrente de la mía y se dedicó de la manera más acuciosa a espiar a mi hermana. Entonces sí, a crecer. Jos fue mi curso intensivo y no había manera de ser un estudiante perezoso, no con él a lado. Nunca pensé que alguien pudiera decir "tetras" tantas veces en un día. A la semana, ya tenía las tetras de la casa bien inventariadas: las de la lavandera, cocinera, mucama, demás asistentes domésticas, y, oh estupor, las de su madre y las de mi hermana. Yo lo seguí como perro faldero durante tres meses, traté de imitar su manera de hablar, comencé a fijarme en los cuerpos femeninos con ese morbo que a él lo enorgullecía. Hasta que pasé una semana soñando con mi madre desnuda, a veces muerta, a veces viva, pero desnuda siempre. Siete noches continuas son muchas para verle las tetras a la madre. Yo, angustiado por esta especie de aparición carnal y confiando

en la nueva complicidad masculina que tenía con mi primo, me acerqué a él para contarle mis sueños.

—Oye huevón, ¿y cómo las tiene?

Vaya. No era lo que esperaba. No sé qué pedía de él, pero por lo visto, su muy trabajada experiencia de libidinoso, no me iba a aportar la sabiduría ni el consejo que yo necesitaba. Fue cuando me di cuenta que Jos y yo no estábamos hechos de la misma materia, éramos distintos, no digo que yo fuera mejor, para nada, la verdad hasta te confieso que me sentía poca cosa a lado de él, pero sí supe de manera intuitiva (la falta de guía, la pinche orfandad) que debía serle fiel a mi fórmula y no intentar modificarme para seguir la de mi primo pese a que, era evidente, él se deslizaba por el mundo con mayor placer.

12

“He visto a las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura, hambrientas, histéricas, desnudas / arrastrándose por las calles de los negros al amanecer en busca de una dosis furiosa...” México es un país de locos y de huérfanos y el hecho de ver a Leonardo, mi Ginsberg personal, recitar estas palabras, este aliento prolongado que pertenece al Allen verdadero, al original y valiente beatnik ahora extinto, es una señal. Tiene que serlo. México es también la tierra de los avisos, del camino señalizado por peyotes de neón. Leonardo, sentado en la banqueta frente a la Plaza de Santa Catarina, con la caguama empuñada y sin querer compartirla, dejándose abatir, necesitado de tristeza, como lo están los de generaciones intermedias, aquéllos cuyo existencialismo debe ser puesto a prueba porque no han tenido que sobrevivir una guerra. No son la Generación Perdida, y al

igual que Kerouac, Ginsberg, Ferlinghetti, el desencanto no les llegó de primera mano sino que les ha sido heredado, ¿a través de los libros?, ¿en el programa genético?, ¿en una estampa de juventud creada por los norteamericanos que obliga a cada joven a honrarla, venerarla como único estandarte posible y verdadero? Y esto dijo T.S. Eliot, mismísimo padre del desencanto (justo el año, por cierto, en que Jack nació, ¿es otra señal?, ¿o tú crees que la estoy forzando?):

¿Cuáles son las raíces que prenden, qué ramas  
brotan de este cascajo? Hijo de hombre,  
tú no puedes decirlo, ni imaginarlo, pues sólo conoces  
un cúmulo de imágenes donde reverbera el sol.

Leonardo quiere pisar fondo para ubicar el desengaño y definirse a partir de ahí, sí, búsqueda absurda, porque si tanto insiste, lo encontrará, y sin duda, el fondo puede estar tanto más abajo de lo que él cree.

Tengo que ponerme a escribir ese libro.

13

—Uuaa, ush, ¿de dónde sacaste este aparato, hermano?— dice Rodrigo con mi CD portátil en la mano. Mediodía del sábado, Claudio y Leonardo se habían ido a abastecer de chelas y tabacos y yo espero que la presencia de tus amigos en mi casa atraiga a Paulina. Rodrigo, con su trenza que coletea de un lado a otro, le da vueltas a mi walkman como si nunca hubiera visto uno y yo nomás no entiendo a cuento de qué tal fascinación. Saca un disco de los Cowboy Junkies de su mochila, lo inserta, opera los botones, comienza a tararear, todo con una actitud de comunión, luminosidad.

Rodrigo es un tipo singular, no parece vivir un solo momento carente de entusiasmo.

*-I said 'brother, speak to me of passion, you said never to settle for more than less, well, it's in the way he walks, it's in the way he talks, his smile, his anger and his kisses'...*, escucha esto, viejo- dice Rodrigo mientras me ofrece los audífonos con su recubrimiento de esponja negra, dos bolitas que recién estuvieron incrustadas en sus oídos, en contacto con su cerumen, vaya, con el auténtico jugo neuronal.

-Te regalo el walkman-, dejo ir mi adquisición más reciente con tal de no compartir cerilla. Audífonos bautizados, no gracias. A Rodrigo se le despeja la cara como un chiquillo ante un obsequio aunque, tras una pausa, como si su parte adulta luchara por dominar los impulsos, dice:

-No mano, te lo agradezco pero no me gusta tener algo que luego voy a lamentar perder, se vuelve uno bien materialista-, es inevitable, me da ternura su esfuerzo, su contención. Si de otro salieran las palabras, probablemente las encontraría arcaicas, absurdas en estos tiempos en que uno es lo que posee, el acceso a la propiedad es lo que nos enmarca, nos enraíza. Pero la boca emisora es la de Rodrigo y juraría que no está impostando sino que en verdad lo cree. Claro, pero si es la reencarnación de Gary Snyder, qué otra cosa podría decir, si el propio Gary tenía un lema similar: "no poseas nada que no dejarías expuesto bajo la lluvia".

Pese a la constante asociación con Kerouac, Gary no se considera un beatnik, en especial ahora, que los demás ya han muerto y él no sólo sigue con vida sino está floreciente. "Se puede hablar de mí como amigo de la

Generación Beat en sus primeros tiempos, pero no formo parte de esa generación", aclaró alguna vez. Tal vez el marco zen que tan a pulso se ha construido a lo largo de las décadas lo aleja de aquéllos que se acercaron a las disciplinas orientales de forma más ligera, superficial, quizás tan sólo en busca de un complemento de la cultura propia. Porque "The American Way of Life", la cual habría que denominar como "The American Social Lie" (¿lo acabo de inventar?, ¿lo escuché en algún lado?, ni idea), es un tallo seco, autodrenado, molido bajo el mazo de los prejuicios. En cambio Gary Snyder, el eco-monje budista no habitaba el desencanto como los demás, sino el bosque de las convicciones.

Rodrigo, de pie frente a un par de fotos familiares, revisa con detenimiento a los integrantes y me percato que es el único de ustedes que le ha puesto atención a mis fotografías.

-¿Es tu familia?- y aquí entra el "ajá" que pretende desmotivar porque sé que si permito que se abra el tema, terminaré hasta el cuello en detalles, en el malabar de datos, en la descripción de muertes. Si a eso le agregamos mi nacionalidad camuflajeada que se revelará sin remedio porque al fin y al cabo la familia y el país son uno, acabaré en una escena íntima con Rodrigo que, créeme, no se me antoja.

-Ssss, ufffff, las familias, hermano...-. "Ajá".

-Son..., son fantásticas viejo, son nuestro refugio, la familia es la que nos da esa fuerza, ese empuje inicial que nos dura para siempre, hermano. Yo adoro a mi familia, carnal.

A Rodrigo hay que quererlo y punto, ya lo sabes. No importa que esté saltando entre planetas, que diga una

memez, que sea un tipo exasperante de tan dulce. Sus ojos inmensos que pestañean a la velocidad de su entusiasmo, su balanceo de una pierna a otra, su pelo entrelazado que parece una cuerda rojiza siempre temblando; me temo que espera una respuesta que secunde su declaración pro-familias y yo no tengo la lengua tan relajada. Suerte la mía que en ese instante llegan Claudio y Leonardo con las cervezas, Rodrigo cambia de canal y se dirige hacia la barra de la cocina para forjarse un porro.

14

Hubieras visto la cara de mi hermana cuando le dije que quería estudiar literatura (por supuesto, ella estaba por concluir Ciencias Políticas). El chasquido de su boca me recordó de inmediato aquel título honorario de huérfano presidencial y eso que hacía casi tres años que no pensaba en él. Ahora era sobrino del presidente, un puesto bastante menor y eso me permitía tomar mis propias decisiones, o eso pensé en un principio. Ella no estaba de acuerdo. Había un enjambre político que había seguido de cerca y del cual yo no estaba al tanto, cómo iba a estarlo si me había ocupado de sobrevivir a Jos y una vez realizada la defensa a ultranza de mi fórmula personal, me había entregado a los libros. Y qué comfortable se está entre libros cuando los lobos de la política se pelean por la presa.

Esto de tener una hermana que ejerza de conciencia es una monserga. Y yo, indeciso, atrapado en el "qué hacer" y sin perder un ápice de ingenuidad, fui con mi tío a consultarlo, ver qué opinaba, si él creía que yo debía estudiar leyes, carrera infinitamente más afín a lo que el país necesitaba. Él dijo que de ninguna manera, que lo importante era sentirme realizado, satisfecho y aquí pueden

ir varios etcéteras, porque una vez que se ha escuchado un discurso vocacional, se han escuchado todos. "Perfecto, yo soy mío", pensé cuando dejé el despacho presidencial hasta que, claro, se me ocurrió reportarle a mi hermana de qué iba lo establecido con el tío Joaquín. Con su estilo "zape verbal" me explicó que lo que mi tío más deseaba era que yo mostrara desinterés por la política, que yo tenía una imagen tan tibia que iba a terminar por borrar a mi padre del recuerdo de la gente. Mi tío quería lanzar a mi primo Jos como sucesor lógico y entre ellos dos lograrían tumbar toda herencia democrática forjada en tiempos de papá, presidente legítimo, muerto en circunstancias aún sin esclarecer, ¿asesinado?, ¿por quiénes y obedeciendo a qué intereses?, ¿me lo había yo preguntado en algún momento? Ahí estaba mi hermana cuestionando mi materia, y yo no tenía cara para mentirle, hubiera preferido decir que sí, que pensaba en el misterio en torno a la muerte de mis padres, que lo hacía a menudo, que seguro el problema había sido una falla mecánica y que la desaparición de la caja negra no modificaba tal hecho. Pero mis papás murieron y yo no había teorizado al respecto, simplemente me había concentrado en asimilar la orfandad y no había pensamiento detectivesco ni teorías de intriga política en las que me involucrara, porque yo no estaba en la revisión del todo. Qué pena admitirlo, pero mi materia era una bastante fallida. Mi materia..., y yo qué coño voy a saber de lo que estoy hecho, cada que creo acercarme a una definición, una leve delineada al menos, muto, al menos así se siente. O no es que yo cambie, es más bien mi limitada percepción de las cosas, como si el clima moviera mis puntos de referencia y no lograra reajustar el encuadre a tiempo. Boyas ladeadas por el viento. La verdad es que el mundo, sus habitantes y

la interacción entre ambos me parece de lo más abstracto. Yo sólo veo cómo gira el carrusel.

15

Tan habitual en Paulina eso de irse sin decir adiós, casi tanto como los ataques de narcolepsia que me dan cada que terminamos de hacer el amor. No sé, tal vez este sueño profundo al que sucumbo es una especie de autoboiicot, una manera de dejarla ir porque no creo tener elementos para retenerla. O quizás me duermo para ponerla a prueba, ver si una vez más se va a ir sin despedirse, sin la dosis de cariñitos que se le aplica al socio sexual para encaminarnos hacia otro lado, para ampliar el perímetro de la relación. Al final, lo único que hago es facilitarle la huida.

Nos escapamos un rato de tu casa, nos desmarcamos de la fiesta, la verdad fue por iniciativa de Paulina, porque son ese tipo de sugerencias las que yo no hago, y a ella en cambio se le da de lo más fácil. Tomarme de la mano, llevarme al piso de abajo, esculcar en mis bolsillos hasta dar con las llaves (y a estas alturas con mi erección), y ya una vez adentro, desvestirse, jalnearme la ropa, incitarme. Desnudos los dos, saliva, mordisqueo, lóbulo, cuello, y yo, a punto de explotar (y esto no será una coimploción, el miembro enrojecido de tanto roce, explotará blanco en cualquier momento). Y entonces Paulina se aleja de golpe, retrocede a la cocina a hacer no sé qué carajos justo en ese momento y me deja tumbado en la cama, los testículos adoloridos, la agonía prolongada. Por suerte vuelve pronto con un vaso de agua, le da dos tragos y ya está de nuevo conmigo, me monta, me estruja, me guía a ella. Soy estaca.

Los malditos años y la gravedad detestable lograrán algún día que el rebote de sus senos sean una representación patética de cachondez, pero este cuerpo actual, aún no tocado por el tiempo, es el cuerpo femenino más espectacular que he presenciado. Ya sé, dirás que todos los hombres piensan lo mismo de la mujer con la que se acuestan, pero en mi caso es cierto, además tú la conoces bien, años de amistad, seguro la has visto desnuda. Paulina sobre mí, sus senos jóvenes al alcance de mis manos, su movimiento en oleadas y yo, alzado dentro de ella tratando de no vaciarme a la primera.

Acostado en Cristo, mi cama parece interminable. Los pasos que provienen de tu departamento hacen tronar el techo, emborrachan la lámpara. Y mientras yo mastico el lastimero "¿me extrañará?", alcanzo a escuchar a The Smiths que lloran desde tu estéreo: "*Mother, I can feel the soil fallin' over my head, and as I climb into an empty bed, enough said*"; limón en la herida. Metido hasta el cuello en mi inseguridad me quedo en cama en lugar de subir y reintegrarme a la fiesta, porque me dejó, no me despertó, no solicitó mi compañía y yo no estoy hecho para actuar de forma casual, sobre todo si han transcurrido los meses y no hay título que ella me asigne. Yo no soy parte de esa beat actual y a la mexicana, apenas soy un observador que transgrede ocasionalmente, pero observador al fin y al cabo, modarense disfrazado de uruguayo que no pasará de ser personaje accidental, no importa cuántas veces comparta el escenario, no hará diferencia alguna ser poste para Leonardo, oreja para Rodrigo, barman para Claudio. Y que quiten de una vez a los Smiths antes de que siga con el autoflagelo.

En cambio Paulina es tan de ahí. Ella bien podría ser Margaret Randall, aunque es más joven que los beatniks (y al parecer lesbiana, lo cual me dejaría fuera de la jugada). O Sylvia Plath, pero ella resulta fuera de toda generación y periodo, o bien, inmersa en el tiempo, definida a través de su dolor, tratando de alcanzar el suicidio antes de que alguien la detenga. Hasta que lo logró:

morir  
es un arte, como cualquier otra cosa  
yo lo hago excepcionalmente bien.

Y hablando de suicidas, está Anne Sexton, quien al parecer admiraba a Plath, me pregunto si por su trabajo literario o por su pleito con la vida. Hilda Doolittle, mejor conocida como HD..., no, prehistoria. ¿Dónde están las mujeres cuando las necesito?, ¿a dónde fueron a parar cuando la Beat Generation estaba en pleno? Bueno, y a todo esto, por qué ceñir a Paulina a un personaje femenino, si en teoría el género no nos define o, como dice Anne Waldman en su *Feminafest*: "propongo una literatura transexual, una literatura hermafrodita, una literatura transvestida, y finalmente una literatura de la transformación que vaya más allá de los géneros. (...) que no seamos definidos por nuestras posiciones sexuales como hombres o mujeres en la cama o en la página". Las posturas de género son muy dulces, ¿no te parece?

Si me oyera mi primo Jos me tildaría (y aquí viene esa nutrida sección del glosario popular) de: marica, puto, mariposa, coco, lilo, puñal, mansón, sarasa, cueco y demás terminología que llena las bocas de Latinoamérica pero que

en realidad tienen la misma acepción. "Hermafrodita y transvestido serás tú, cachito" diría mi primo, y luego encontraría la manera de insertar la palabra "tetas" en el asunto: "me gustan, las toco, las chupo, las aprieto, porque soy bien hombre" o algo así, lo que sea con tal de mencionarlas. Y no creas que le quiero dar la razón ni que me dejo vencer por los prejuicios heredados, pero estoy de acuerdo: nuestro rol sexual sí nos define. Esa jalea de hormonas que nos convierten en seres peludos y de músculos marcados o bien, en grasa colocada como se debe, convertida en curvas y hondonadas. Ser lanza o cavidad, ser quien embiste o quien alberga, ser el que expulsa o la que contiene, no veo cómo dicho desempeño no se ha de trasminar a todas las capas de la vida y nutrir hasta la última veta.